

Gabriela Cantú
Westendarp
Material peligroso

Premio Nacional de Poesía «Ramón López Velarde» 2012

Jurado

Roberto Fernández Iglesias, Félix Suárez, Enrique Villada

Gabriela Cantú Westendarp
MATERIAL PELIGROSO

Área de Arte y Cultura

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS



México, 2013

Portada

TopTenTrío

Edición al cuidado de

Laura Elena de Jesús Ramírez Ramírez

María Isela Sánchez Valadez

Material peligroso

Primera edición, 2013

DR © Gabriela Cantú Westendarp

DR © Universidad Autónoma de Zacatecas

ISBN: 978-607-7678-94-6

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
incluido el diseño tipográfico y de portada, por cualquier medio
electrónico o mecánico, sin la autorización por escrito
de la Universidad Autónoma de Zacatecas

Impreso y hecho en México *Printed and made in Mexico*

Siento quien soy y esta impresión está alojada
en la parte superior del cerebro, en los labios
—principalmente—, en la superficie
de los brazos, y también penetrando dentro,
muy dentro de mi cuerpo, pero dónde,
dónde exactamente, no lo sé decir.

Clarice Lispector

I

La conciencia le creció como una manzana; en un principio era verde y pequeña, luego fue aumentando su volumen, reventó sus propias partículas, alargó sus tejidos para ganar terreno. Ella no se hubiera dado cuenta a no ser porque un día se acercó demasiado al espejo y le vino una molestia en la sien; se pensó como aquel niño de cabeza crecida cuya madre lo lleva a las plazas en una carretilla, no como quien lleva a su recién nacido, sino como a un fenómeno de circo. Su cabeza grandemente deformada, sus ojos alargados, y uno de ellos casi cerrado. El dolor en la sien le crecía tanto como la manzana, que ya no era verde ni pequeña; le creció tanto mientras se miraba en el espejo aquella tarde que tomó conciencia.

II

Algunos materiales pueden ser peligrosos, el exceso de luz —por ejemplo— puede provocar una ceguera temporal o, por el contrario, puede inducir a un estado de clarividencia, que si fuera el caso, también es temporal. El efecto depende del objeto que irradia el brillo y de la capacidad de respuesta del otro. El otro eres tú. Tú cuando te alejas y te observas extraño, tú cuando no reconoces tu propio cuerpo y sus reacciones, tú cuando pronuncias frases que te parecen ajenas, tú cuando estás justo en el momento de caer al sueño y te resistes, tú cuando eres golpeado por la luz y por unos momentos te sientes la presa de un animal salvaje, sensación que parece eterna, pero que en realidad —como dije— es temporal y si tienes suerte te abrirá una puerta.

III

Ciertas cosas deben verse sólo por unos segundos, de otra manera se arriesga demasiado. Me explico. Hay miradas cuya fuerza puede llegar a erosionar los bordes, la superficie y, en ocasiones extremas, las entrañas si entrañas tuviese el objeto. El efecto no se limita al exterior, ocurre un fenómeno de espejo. El adentro del que mira también puede sufrir la erosión y por lo tanto la advertencia, por así llamarla, es en ambos sentidos. Con esto no quiero decir que los aludidos deban abstenerse de ejercer la contemplación —de ninguna manera—. Son ellos los que la practican con más insistencia, quizá también con mejores resultados. Una mirada breve, muy breve, puede ser suficiente, puede ser incluso mucho más intensa y efectiva que una más prolongada. No es lo mismo mirar que mirar. Llevar a cabo esta acción implica, paradójicamente, cerrar los ojos, volverse adentro y construir la imagen.

IV

La mayor parte de las cosas no vienen con instructivo, tampoco con la indicación de «manéjese con cuidado». Ahora que lo pienso, la mayor parte de las veces las cosas llegan sin esperarlas. Así fue que una especie de aroma o de luz me rodeó como un anillo rodea el dedo de una novia. Sucedió cuando eché una mirada un tanto desprevenida, una mirada de la que no se espera nada nuevo, y un objeto lanzaba el aroma o la luz, o tal vez las dos cosas, y me retuvo en la forma en que se retiene un pequeño pez en la anémona. Y lo miré y lo soñé muchos días. Lo pensé tanto que un día cuando lo tuve cerca le hice una caricia.

V

Un cuerpo detenido va sintiendo el frío poco a poco, cambia de posición, dobla las piernas, las estira, se gira sobre un costado, se levanta, se cambia de ropa, se vuelve a la cama; de nuevo el detenimiento, de nuevo el frío. Un cuerpo que no es precisamente todo paz, que no es sólo carne y huesos sino sustancia alterada.

Un cuerpo
que se comporta como un arbusto en pleno
crecimiento
y se afecta por la irrupción de los retoños; un
cuerpo altamente despierto que no se contiene en sí
mismo y se busca en las partes que lo conforman,
en las
conexiones que lo articulan, en el adentro
que se configura
de una serie de recuerdos entre los que domina una
imagen que origina todo el movimiento.

VI

Todo parece indicar que algunas personas no pueden dormir esta noche. Se escucha el crujir de las bisagras que se abren y cierran. Para eso hay algunas recomendaciones. La primera es quedarse ahí girando cada cierto tiempo sobre la cama, entre las sábanas como grandes vendas que cubren tu cuerpo herido de tanto no dormir; la segunda es levantarse y sentarse frente a la ventana y observar la noche, la casa de enfrente cubierta de silencio, la calle en espera de los primeros autos, la silueta de los árboles que sembró el comité de vecinos; la tercera —que sólo debe de arriesgarse en casos extremos—, encender la computadora y comenzar a escribir un montón de palabras que luego, muy probablemente, tendrás que borrar. Sin embargo, cualquier camino que decidas estarás contigo y tu no dormir, con tu cuello que se tensa como el de una tortuga, con las imágenes que suceden en tu mente y que te quitaron el sueño desde un principio cuando escuchaste el crujir de las bisagras.

VII

Después de una serie de pruebas he llegado a la conclusión de que iniciar un período de reposo, por más breve que sea, requiere no sólo de cansancio acumulado sino de concentración y olvido. Mi experiencia dice que es necesario hacer de cuenta que se guarda la energía, o cualquier otra sustancia que provoque alteración, en algo que dé la idea de estar bien sellado. Una vez logrado esto se pasa a la siguiente fase: olvidarse de que existe algo más allá de tu propio yo cansado recostado sobre la cama o recostado sobre el sofá, olvidarse de que tienes piernas y dolor en las pantorrillas y de que tienes vejiga acumulando orina, olvidarse también de que existe un mundo allá afuera abriendo y cerrando su hocico.

VIII

No sé si puedas pero debieras quedarte ahí, en la cama. Una vez más no has descansado lo suficiente. Te pasa muy a menudo que no puedes desprenderte de la vigilia. Todo indica que en otra vida tu profesión fue la de ejercer la vigilancia. Es muy posible que tu puesto haya estado ubicado en alguna torre de altura considerable, seguramente en un puerto que te exigiese desarrollar el hábito de la observación nocturna. Cada noche cierras los ojos y las visiones no se detienen y miras como si esperaras a que alguien llegara.

I

Hice algunas lecturas tiempo atrás sobre el cuerpo y el alma. ¿Son en verdad las necesidades del cuerpo las del alma? A veces pienso que sí, que hay una tremenda coordinación entre las partes. Esos días funciono como una orquesta que interpretara «Las cuatro estaciones». Me siento como si fuera la ciudad de Cuernavaca —en donde sólo he estado en dos ocasiones, pero que sin duda tiene el mejor clima del país—. Pero también debo decir que hay momentos en que las partes no logran coordinarse. A veces amanezco con el espíritu claro y dispuesto a cruzar el día haciendo nuevas composiciones y resolviendo los más difíciles acertijos, pero el cuerpo no me responde y me siento como un animalito lesionado, digamos una paloma con su ala quebrada. Entonces tengo que guardar reposo y cerrar los ojos y provocar algo así como un desdoblamiento, una fuga para no estallar.

II

Como si no hablara lo suficiente durante el día,
dicen
que hablo mientras duermo, y creo que dicen
verdad.

Anoche me despertó mi propia voz como
si fuera la de
alguien más. Parece que algunas de mis frases
nocturnas
tienen que ver con fechas y nombres, pero
en ocasiones
también maldigo, es decir, digo palabras altisonantes,
palabras
que dichas a plena luz del día y en plena conciencia
no me
preocuparían. Aseguran que sólo el 5% de los adultos
padecemos
de somniloquía —palabra científica que hace
referencia al hablar
mientras se duerme—. Aseguran también
que en esas recitaciones
están mezclados elementos reales y fantásticos.
Es cierto que padezco

ciertos trastornos del sueño y que a veces
me gustaría poder dormir
tres o cuatro días seguidos sin interrupción alguna,
y aunque estoy
cierta que eso está lejos de ocurrir no pierdo
la esperanza.

III

Comer es un acto necesario aunque no siempre reconfortante del todo. Yo, por ejemplo, atravieso periodos en los que prefiero una lámpara que una tortilla de papa, o una pomada de benzocaína que un chorizo tostado muy finamente rebanado. Puede ser el azar o la posición de los planetas, o puede ser la presencia de una fuerza extranjera. En cualquiera de los casos es imprescindible ajustarse al ayuno, no vaya a ser que se genere una seria congestión en el sistema.

IV

Experimentar la contención, vivirla en sí, requiere de un buen lavado de cerebro. Necesitas convencerte de que el sacrificio de dejar el azúcar, los lácteos o las harinas traerá grandes beneficios a tu salud. Pero no se debe pasar por alto que existen efectos colaterales cuando se dejan de consumir ciertos alimentos. Hay para quienes la sola idea de una privación es causa de un cuadro de angustia que bien podría compararse a un lienzo de Jerónimo Bosco en el que los ángeles y los demonios se pelean el cielo. Por estos motivos he dudado si debo o no someterme a una dieta tan estricta.

Creo haber pasado por un trance parecido a un estado catatónico. Fue luego de una noche larga y cargada de un alto grado de tensión. Comenzó después de la comida, todavía no me levantaba de la mesa cuando me entró una de esas fatigas que llaman *crónicas*. Me pensé como un animal grande, un elefante de piel gruesa y arrugada. Mi cuerpo inmóvil, yo en otra parte. Mis ojos se cerraban como telones de un viejo teatro, la tela aterciopelada cargada de una gran cantidad de polvo. Los hombros un tanto rígidos, algo parecido a un tablón me atravesaba la espalda limitando mis movimientos de manera importante. No puedo decir que perdí el sentido auditivo pero sólo escuchaba un zumbido lejano. El diccionario dice que la catatonía es principalmente un síntoma de la esquizofrenia, sin embargo, creo que en mi caso el origen se debe a otra causa. Me parece que es una manera de huir del espacio que en momentos se siente como un terreno que prácticamente es un precipicio.

Últimamente he sentido que mi cuerpo pierde energía, una gran cantidad de energía que según capto se escapa de un lugar ubicado entre el hombro, el omóplato y el cuello en mi lado derecho. Hasta donde tengo conocimiento este preciso lugar, que hace una forma de triángulo, no tiene nombre oficial. Por el misterio del fenómeno y por el lugar en donde ocurre lo he asociado con el Triángulo de las Bermudas. Con excepción de la diferencia en medidas encuentro grandes similitudes. Por un lado están las Bermudas, Puerto Rico y la Florida, por el otro, el hombro, el omóplato y el cuello. Además en los dos casos hay desapariciones inexplicables y material suficiente para un grupo de investigadores.

VII

La posición en muchos de los casos es fundamental. Estar recostada sobre la espalda, ambos omoplatos tocando la superficie de la cama, la mirada hacia el techo, los brazos estirados a los costados, o bien sobre el abdomen, alcanzando una mano a la otra prácticamente en posición de cadáver en su caja, así me acomodo la mayor parte del tiempo. Cuando por cansancio o por novedad giro mi cuerpo y descanso el peso, sobre uno de mis lados, ciertos piquetes o calambres se hacen presentes como si fueran chillidos de pequeños animales encerrados en su jaula.

VIII

Sé que algunas personas cuando piensan en sus piernas consideran la rodilla la parte más bella. Yo, que tengo cierto problema con ellas, lo percibo de manera más contundente cuando las descanso en alto, y no puedo negar que esta articulación es el corazón de ellas. Lo descubrí una tarde en el consultorio médico. El escritorio del doctor muestra —de manera casi ostentosa— algo así como un dibujo o una fotografía que expone los tendones, los tejidos, los huesos y algunos otros componentes que se pierden ante los colores vivos y la dominante forma de ese nudo que divide la pierna y que controla una gran cantidad de movimientos. Así entiendo que cada una de mis piernas tiene su propio corazón y su propio ritmo, así comprendo un poco mejor cuando hay cierto desacuerdo entre los latidos y tengo que detenerme en alguna esquina y darles su tiempo.

IX

Los pequeños vasos sanguíneos se han roto o por lo menos dilatado. La ingesta de chocolate, de café, de picante o de alcohol puede ser la causa. En otra época los pómulos rosados eran signo de buena salud —una mujer regordeta y chapeada—. Un síntoma así hoy da para varias lecturas. Comúnmente se diagnostica una enfermedad de la piel. En el mejor de los casos la chica ha puesto toda su atención en un objeto luminoso por un tiempo que no es medible en reloj alguno. En el proceso se ha llevado la sangre a tan alta temperatura que es imposible ocultarlo.

I

Pensé en el agua detenida hecha hielo, específicamente en los cubos que salen del congelador y caen en este vaso. El agua detenida ahí mientras la temperatura lo permite. Se trata de una suspensión de movimiento, de una especie de muerte limpia y transparente. Un estado temporal como el de la noche que ya termina y que perderá la batalla ante la luz y la temperatura.

II

Hay algunos objetos que se desgastan como el empaque del grifo de la cocina o la capa de impermeabilizante del techo. El agua es un factor determinante en la incidencia de este problema. La materia se doblega y pierde densidad. Lo veo también en hombres y mujeres, la pérdida es parte de su constitución.—El golpe del agua es como el golpe del tiempo—. Pensé en eso recientemente al ver mi cuerpo reflejado en el espejo.

III

Existen personas que parecen haber hecho pacto con el diablo, personas que, aunque es de todos conocido que ya entraron en la etapa del otoño, siguen caminando como si fueran una flor naciendo. Quizá esta actitud se deba a que han ido más allá de donde se podía ir. Quizá son de esos seres que como Butes, frente al mar, frente al canto de la sirenas, no pudieron contenerse y se han lanzado de cabeza a la vida, a lo más profundo de la vida y han sobrevivido.

IV

He visto cosas tan rústicas como una mantequera o una segadora o un fuelle de fragua forjados en 1900 o 1920. Se venden en tiendas especializadas en donde se muestran objetos que pudieran ser considerados obsoletos. Estos objetos, que algún día tuvieron la tarea de hacer práctica y sencilla la vida del ser humano, pasan al otro lado del mostrador. Se exhiben como objetos estéticos, se compran como obras de arte y todos nos regocijamos al verlos como si estuviésemos ante un Picasso. Es curioso que aunque estas piezas no se hayan modificado por el «simple» paso del tiempo, la mirada del hombre haya sufrido cambios tan drásticos respecto a sus propias creaciones.

Tal vez es hora de preguntarme ¿qué tanto he cambiado yo a través del paso del tiempo?

V

Un perro lleva tirado en la carretera más de dos días. La primera mañana me tomó por sorpresa y casi arrollo su cuerpo medio tieso.

La imagen me provocó un extraño dolor,

una sensación

de que mis costillas se replegaban como si fuesen un acordeón cerrándose con fuerza. El segundo día aún estaba ahí con su pata levantada, y logré esquivarlo de nuevo, y maldije a las autoridades por no recoger sus restos. Esta mañana no lo vi. Pensé en él ya que llegaba, estacionaba el coche y apagaba el motor.

VI

Se había establecido una fecha pero los acontecimientos del día siguieron su propia forma que te hace sentir como una nave encallada y ves el agua que sigue corriendo, el tiempo que avanza sin tomarte en cuenta, la gente que sigue leyendo el periódico sin inmutarse de que tu suerte te ha jugado una mala mano. Te preguntas qué hacer para romper las leyes de la naturaleza pero no se te ocurre nada más que abrir tu libro de remedios. Y preparas unas compresas de tomillo y clavo y las presionas contra tu pecho y las presionas contra tus piernas y tu espalda. Y el día pasa y nadie sabe que tú has tratado de detener algo, sin saber exactamente qué, que lo has intentado y no has tenido éxito.

VII

Llegó el jardinero muy temprano, el ruido de la podadora te retumba en el oído, eso y los perros fueron el despertador de esta mañana. Hoy que llevas cargando varias noches de mal sueño y que te espera una jornada de subidas y bajadas, precisamente hoy que vuelves a un sitio al que pensaste no regresar, y sientes un golpeteo, no sabes exactamente dónde pero lo sientes y te acelera el pulso, altera tus sentidos. Los ruidos de afuera continúan por un largo periodo, y poco a poco se fusionan con los golpes que imaginas diera un monje asiático en algún punto de tu caja torácica. Entonces piensas en la disposición de los planetas, en el concierto de las esferas de luz, piensas en el orden que te gustaría que tuviera el mundo y decides escribir este poema.

VIII

El asunto de la medición es una constante entre los científicos. Esto no se refiere, o no nada más, a la organización de datos de acuerdo a una escala, sino a la observación. La concentración, la paciencia, la intensidad en la mirada es lo único que puede conducir a algún tipo de revelación. Esto lo dijo un investigador en un documental sobre los átomos y los quarks. Hablaba también de la materia, de la antimateria, de lo creado y lo no creado. Eran datos científicos, lo sé, pero todo el tiempo sentí que hablaban de poesía.

IX

La piedad se refiere a la clemencia o la compasión, es decir, al sentimiento que impulsa a una persona

a tratar

de aliviar o remediar el dolor del otro. En Michoacán

hay

un municipio con ese nombre, «La Piedad», pero

desconozco

si sus habitantes la ejercen. Y también está la obra de Miguel Ángel hecha en mármol en el siglo XV

—María

tratando de aliviar el sufrimiento de su hijo—.

Escribo

de esto porque he pensado mucho en las relaciones que se sostienen, precisamente, en la compasión. En aquellos cuyo amor se ha transformado en este

complejo

sentimiento y, que sospecho, se presenta en un alto número de casos.

Ciertas cosas deben cumplirse a cabalidad

I

Te pensé en una pequeña imagen como esos negativos que vendían hace mucho tiempo en los circos; asomé mi ojo por esa pequeña cámara contra la luz para verte. Estabas sentado en una silla de bejuco y te acomodabas la corbata, aquella que llevabas puesta la última vez que te vi. Este tipo de cosas me pasan a menudo, pienso tu imagen en diferentes superficies. Te he visto reflejado en la taza del café de la mañana, también en el parabrisas del auto cuando estoy detenida en un semáforo y en la pasta de las obras completas de Tablada; incluso te he visto pasar volando por el patio como si fueses un fantasma. Tu imagen, simple o complejamente, no lo sé, se presenta en todas partes, y aunque es obvio que yo misma te construyo, me sorprende cada vez.

II

Es como cuando el muchacho, para apagar el fuego que se le enciende, imagina vaciar lentamente una jarra de agua en el hombro desnudo de la chica. La jarra cae tantas veces sobre ese hombro, cae una y otra vez, cae de día y también de noche. Son esas imágenes del cuerpo las que a veces dominan todo. Ahora mismo pienso en tus tetillas de día y de noche.

III

Sin duda ciertas cosas deben cumplirse a cabalidad, cosas como detenerse a pensar en una imagen que nos da placer, o reflexionar acerca de los límites de un cuerpo. Algunos creen que es posible estar en dos lugares a la vez. A esto se le llama *bilocación* y se asocia a los hombres y mujeres que las religiones consideran santos. Puede ser que el fenómeno tenga que ver con la santidad o puede ser, más bien, que sea una especie de milagro que experimenta el enamorado. Esto podría explicar cómo es que justo ayer me encontré contigo en esta ciudad en la que estoy de visita.

IV

La palabra *turbación* no es una que yo use de manera frecuente, creo que nunca la he usado para construir una frase. Me la he topado escrita en algún poema o en alguna novela. Tolstoi la aplica para describir la contrariedad que se siente ante la belleza; y sí, me parece que cuando me someto a la prueba, quiero decir, cuando te veo cerca, me siento tan alterada que pierdo cualquier otra idea, olvido qué iba a decirte y me limito a sonreír.

V

He visto el reloj a las 3 en punto varias madrugadas seguidas. Me aconsejaron comprar un boleto de lotería, pero nunca me ha parecido una buena inversión apostarle a la fortuna. El número 3 sugiere varios misterios, desde la Divina Trinidad hasta la regla del 3 simple. También, aunque un poco menos conocido y tal vez un poco más elaborado, sugiere el espacio que construyen los amantes para encontrarse: el tálamo. A decir verdad no sé qué signifique eso de interrumpir el sueño con tanta anticipación al sonido del despertador, lo que es un hecho es que cuando despierto, tú estás ahí.

VI

Los avances científicos prometen —en un plazo no muy largo— abrir una puerta en el tiempo. Esto es, viajar hacia atrás y hacia delante. Si vive lo suficiente tal vez mi amiga logre hablar con su amado, quien murió justo un día que iban a verse. ¿Para qué otra cosa quisiera alguien volverse en el tiempo? ¿Para qué cruzaría yo túneles luminosos o llenos de sombras, o puentes que atraviesan ríos como mares, para qué andaría sobre lomos de criaturas indescritibles o a bordo de naves tan delgadas como vajilla china, para qué dejaría caer mi cuerpo sobre una cama de nubes cuyo fondo crece sin cálculo exacto, para qué arriesgaría cruzar esa puerta si no fuese para encontrarme contigo?

VII

Podríamos medir la fe con una regla de las que usan los estudiantes de arquitectura. Podríamos sentarnos frente a la mesa de trabajo y esbozar un plano que diera cuenta de las medidas de nuestros impulsos, de nuestras ganas —todas— de hacer las cosas. Mi plano sería un retrato, seguramente, de poco valor estético pero con la exactitud de tu rostro.

VIII

Tal vez es una cosa menor comprar una flor blanca y pequeña, tal vez también es menor y hasta cursi decir que pensé en que la llevaras en el ojal de tu saco negro. No sé si las costumbres de hoy permitan este tipo de cosas que en otros tiempos eran de buen gusto. De cualquier manera creo que ni tú ni yo pensamos tan a menudo en los consejos de la moda. Me ofrecieron estas flores de camino a casa y no pude resistir la tentación de pensarte caminando, llevando su aroma, llevándome contigo en la flor blanca, ser la misma flor blanca muy orgullosa —pensando que la flor puede sentir orgullo— cortada en forma única para gozar su perfume, contenida ahí, bajo tu barbilla, entre tu cuello, tu hombro y tu pecho. Tal vez es algo menor y fuera de moda pensar en flores, pero no me importa.

IX

Estamos sentados en un restorán comiendo pescado frito. Aquí nadie nos conoce y así está mejor —así podemos vernos mucho tiempo sin decir nada hasta que uno de los dos no se resista y asalte al otro de manera un tanto intensa y alguien llame a la autoridad del puerto y nos detengan por escándalo en la vía pública, y entonces vayamos a un lugar más privado (digamos una cueva o una gruta) y ahí, mitad vestidos, mitad desnudos, nos amemos por largas horas—. Por lo pronto estamos comiendo

pescado
frito en un restorán del puerto pero creo que tarde o temprano llegarán las autoridades.

X

Me parece que hay una relación entre la fatiga y el deseo, creo que es un tanto ambigua pero es una relación después de todo. En mi experiencia el cuerpo y la mente tienen un límite de actividades: cuando se llega a esa particular frontera urge el descanso. Quieto, el cuerpo comienza un proceso etílico. Digamos que se asemeja a las consecuencias de 3 o 4 copas de vino en un cuerpo de menos de 50 kilos. Luego siguen una serie de cruzamientos que despiertan la libido y de pronto no se sabe si se prefiere el sueño o el sexo. Por eso cuando estoy fatigada también te quiero conmigo pues es probable, muy probable, que se presente el caso.

XI

Cuando llega el momento de decir algo importante se tiende a bajar la voz. Ocurre a pesar de que no haya moros en la costa y se pueda hablar sin censura. Así, bajaste la voz para decirme que mi quijada tenía una forma peculiar, algo parecido al pico de un pájaro, o a la proa de un barco, o tal vez sólo mencionaste que tenía una forma picuda y yo imaginé lo demás. Lo que sí es que bajaste la voz y no había nadie más en la habitación.

XII

Los focos se han ido fundiendo y no me he tomado la molestia de cambiarlos. Hay cosas que simplemente me cuestan mucho trabajo. La falta de luz me llevó a pensar que, de alguna manera, la oscuridad está relacionada al silencio. Sin embargo no todos los silencios son iguales, algunos son terribles casi como una enfermedad terminal. Otros, por el contrario, son dulces como la fruta más dulce o frescos como cuando el viento sacude levemente las hojas de un árbol. El nuestro puede ser también dulce y fresco, pero además abrasador como una boca de dragón cuando se abre.

XIII

No existe una escuela para el cuerpo, para aprender los movimientos del cuerpo. Algunas cosas se aprenden por imitación, y esa forma de aprender puede ser considerada una escuela. Esta materia depende en gran medida de la experimentación, de las dimensiones, de la agilidad y de la intuición. Cada quien adopta su propio estilo de acuerdo a sus características. Ante esta realidad me resulta muy interesante observar cómo se mueve la gente. Tú lo haces a veces sobre la cama, como un pez, como un pez moviéndose, ondeando su cuerpo en respuesta a los estímulos, y eso no sólo despierta mi interés, sino mi urgencia de seguir viéndote ahí como si fueras un pez moviéndose, ondeando tu cuerpo en respuesta a los estímulos.

XIV

Regresé y estabas tendido sobre la cama, mirabas el techo como quien mira el cielo asombrado por el gran espacio. El candil colgaba como una pera grande y madura, su luz era de un sol cansado. Tú parecías cargado de algo, quizá tratabas de decidir si debías levantarte, decirme adiós e ir al trabajo o quedarte y olvidar el día que corría afuera del cuarto. Pasaron sólo unos minutos mientras te veía ahí tendido como un niño lleno de dudas.

I

Dos personas se dicen adiós como si intuyeran que no volverán a verse pronto. Prolongan el momento para no enfrentar el vacío. Podrán encontrarse en algún sueño, en el rostro de un extraño en la calle o en el libro que están por comenzar a leer. Esto no es un cuento, es más que una imagen que se trabaja para un texto: es un hecho de la vida real como dirían en los programas de televisión.

Desde entonces, hace apenas unas veinticuatro horas, te estoy buscando y, en «la vida real», no te he visto.

II

Se presentan momentos que son críticos para la vida de un ser humano. Es común que estos momentos nos tomen por sorpresa. A veces la importancia de la pregunta, de la respuesta, de la decisión o del golpe no llega hasta horas más tarde, justo cuando estás por apagar la luz de la mesita de noche, ya que todos se han ido a dormir, y tú estás sola, y sientes todo el peso sobre tu cuerpo.

III

No es que goce de gran popularidad pero me han llegado muchos mensajes y ninguno es tuyo. Puede ser que tu auto esté descompuesto en alguna carretera y llueva tremendamente como cuando es julio y es temporada de huracanes y nadie sabe cuándo terminará el problema. Quizá te haya picado una avispa y todavía tengas el aguijón ahí, en el dorso de la mano, y eso te impida escribir o comer o hacer cualquier otro movimiento.

Posiblemente no puedas escribir porque se te subió algo parecido a un humo negro a la cabeza, a lo más alto de la cabeza,

y tengas bloqueado el sentido de la vista o algún otro sentido.

Sé que estas son puras especulaciones pero como no he tenido noticias tuyas me pongo mal.

IV

Estrictamente hablando nunca he tenido problemas del corazón, me refiero a problemas cardíacos. Nunca antes hasta hace unos pocos días había sentido más allá de un pulso normal, hasta donde un pulso puede ser normal. Se aceleraba en respuesta al esfuerzo físico o ante un estímulo fuera de lo corriente. No sé exactamente cuál es mi padecimiento actual, pero cada cierto tiempo algo se estruja en el pecho. Es como si mi cuerpo pidiera algo, o tal vez no es mi cuerpo el que pide, sino mi espíritu que le exige al cuerpo detenerse y soltar el aire.

V

Los objetos sólo tienen el valor que les damos. Este reloj de pulsera, por dar un ejemplo, antes era una especie de accesorio que solía consultar para no llegar tarde a las citas de trabajo. Hoy invierto una gran parte de mi día viendo cómo avanza la manecilla más larga hasta provocar el movimiento de la manecilla más corta. Éste que antes era sólo un sencillo reloj de pulsera hoy se ha transformado en una especie de camino que sigo con la idea de lograr afectar el paso del tiempo. La idea es absurda, por supuesto, pero me viene de manera irremediable.

La noche, por lo menos, me permite hacer como que cierro los ojos y, si la pastilla hace efecto, hasta dormir un poco.

VI

Aseguran que una persona no cambia, pero yo no estoy de acuerdo. He adquirido nuevos hábitos que me indican lo contrario. Apenas termina el almuerzo y ya pienso en la hora de la comida, al terminar la comida pienso en la hora del té, y al terminar el té pienso en la hora de la cena. Los rituales del consumo de alimentos nunca habían sido tan esperados. Los platillos no son muy elaborados, me atrevo a decir que, incluso, el tipo de ingredientes no es tan importante. Usualmente ni siquiera como una gran cantidad. Ciertos acontecimientos

recientes, que nada tienen que ver con la hambruna en África, ni con el ayuno religioso, me han hecho darle importancia a esos momentos. Concentrarme en ellos me da algo en qué pensar, algo que no sea ese gran vacío que se abre cada mañana.

VII

Aunque le pongo poca sal a los alimentos, ese día parecía que le hubiera vaciado el bote entero. No sólo estaba saladísimo el plato de sopa, sino que me inflamé de manera alarmante.

Mis músculos crecieron varios centímetros

en grosor,

tanto que mi familia estaba asustada.

—La preparación de la carne seca, un platillo

tradicionalmente

norteño, implica el uso de una gran cantidad de sal.

Además, cuando no existían los refrigeradores,

para la conserva de la carne se utilizaban baños

de sal.

Hago esta disertación para fijar los antecedentes

de la relación entre

la carne y estos granos blancos y pequeñitos—.

Por eso cuando vi que mi cuerpo creció tan

de repente,

en cuestión de horas, asumí que tenía que ver

con el consumo.

No es que yo haya consumido —literalmente— este

producto.

Sucede que ciertas experiencias, generalmente cargadas de una gran tristeza, tienden a provocar los mismos efectos que el abuso de la sal.

Estoy hablando de grandes cantidades, de manera que no puede contabilizarse.

Resulta que la tristeza sufre una suerte de alquimia y se transforma en sodio.

Para deshacerme de la hinchazón tuve que recurrir al corte.

En este caso *corte* alude a pequeñas incisiones.

El procedimiento fue complicado y de dudosa eficacia.

Tomé ciertos episodios que habían servido como detonantes en el inicio del problema.

Pensé en ellos como piezas aisladas.

Tomé una tijera y fui podando como cuando un jardinero japonés

poda sus árboles y arbustos.

Los cortes tienen que ser exactos, de lo contrario se corre el riesgo

de perder el equilibrio y la armonía.

En el momento creí haber hecho un buen trabajo, pero muy pronto las ramas habían crecido de nuevo.

VIII

No es que la casa esté fría o que haya tenido mala suerte, no es que mi corte de pelo no me guste, que no tenga un empleo o que el país esté en crisis. Nada de esto importa. En realidad en estos días muchas cosas han perdido su valor.

IX

Se dice que estuvo en silencio por cuatro días,
que estuvo encerrada en un cuarto y que le salió
una mancha en la mejilla izquierda,
que alguien le retiró la palabra,
que estuvo a punto de perderse en algún pasillo
y que fue una luz lo que la trajo de vuelta.

X

Como es obvio que están contados hay
días que no se comparten o que no
se quieren compartir con nadie. Días que
son sólo tuyos aunque esté lloviendo y
veas, por la ventana, cómo cae el agua sobre
la ropa que dejaste en el patio. Son tuyos
aunque no recibas llamadas, ni mensajes, ni
regalos. Son tuyos para ver las puntas de
los fornios también mojándose allá afuera, o acá
adentro, ver tus libros apilados en el estante y el
vaivén del vapor que despide tu taza.

Estoy enclaustrada. No es que haya decidido tomar los hábitos de alguna orden religiosa, sucede que he salido poco, casi nada. Mi casa está retirada de la ciudad, debiera decir, solía estar retirada, pero la mancha urbana ha crecido tanto que estamos prácticamente adentro. De cualquier manera, me he mantenido como en una reserva que estuviera protegida como se protegen algunos parques nacionales. Los motivos de mi encierro son diversos y ahora no son tema. Lo que quiero puntualizar es que me he vuelto muy sensible a ciertos ruidos que antes ni siquiera sabía que existían. Uno de ellos es el sonido del vacío. El vacío se oye como un hueco donde no corre nada, los oídos se saturan de esa nada, el olfato también, la piel misma percibe una sensación extraña. Y es en el pecho donde la nada hace su máxima presencia.

No creo que se trate de un arrebato místico, si acaso de una alucinación —espero que no—. Entre si es esto o aquello, me parece que es tiempo de salir de mi encierro.

I

Cuando uno piensa que está escribiendo de alguien más, resulta que la verdad es otra y que uno sólo puede escribir de sí mismo. Presumo que se debe a lo altamente egoístas que somos. Supe de un hombre que estaba muy triste porque tenía una mujer que había perdido la cabeza por algún vicio. El hombre difícilmente veía la luz del día, no probaba bocado, dejó de ver a sus amistades, perdió su trabajo, se enfermó de pulmonía y casi pierde la vida. Todavía no sé la causa que une mi vida a la de este hombre del que estoy escribiendo, pero estoy segura que en algún momento encontraré un hilo que nos una. Quizá, pero no estoy segura, yo también tenga un vicio y mi vida corra peligro.

II

Pensar es algo así como bordar un blusón de manta, un ir y venir del hilo ensartado a la aguja atravesando la tela. Un trabajo que requiere cierto grado de concentración pero al mismo tiempo una dosis importante de soltura. En este caso hay diferentes grados de improvisación, estoy hablando del caso del proceso mental. Las ideas surgen y como el hilo entran y salen de la corteza cerebral formando peculiares diseños. A medida que pasa el tiempo y se gana edad, la persona tiene mayor resistencia hacia la improvisación y el cambio. Es natural que el cerebro se aleje de los riesgos. Los bordados van —lamentable o afortunadamente— repitiéndose. Pese a esta realidad, que está comprobada por científicos serios y respetables,

y pese también a que he ganado algo de tiempo, mi bordado se ha modificado considerablemente, en opinión de algunos, alarmantemente en los últimos años.

Sospecho, y no quiero ser presuntuosa, que he visto una parte del otro que por lo general permanece oculta. He visto una serie de colores y de formas nunca vistas por criatura alguna. Esta visión, que también podría haber sido un sueño, ha tenido una influencia directa en la forma y en el lugar en que entra y sale el hilo ensartado a la aguja y atraviesa la tela.

III

Nada de lo que me dicen parece funcionar para quitarme la idea que se ha metido en mi cabeza y se ha instalado en la parte frontal del cerebro como se instala en un rincón una gallina a empollar sus huevos. La gallina no se moverá de su rincón hasta que logre su cometido, así que todos tendremos que esperar algunos días, tal vez un poco más.

IV

No sé por qué pero vi a un hombre de luz cruzando por las calles del centro. Parecía un santo salido de un lienzo pintado en la Edad Media. Llevaba una luz dorada como la de esos iconos que se veneran en las iglesias bizantinas. El hombre pudo haber sido un vendedor ambulante, un tragafuegos o un oficinista, pero yo vi a un hombre de luz dorada caminando por esas calles y tuve la esperanza de que viniera a salvarme.

V

Diríase que esa noche el agua parecía brotar de un manantial ubicado a 100 kilómetros de Düsseldorf, en Alemania. El agua brota dentro de una cueva y recibe una gran cantidad de peregrinos en busca de sanación. —Un minero retirado dijo a la prensa haber sanado de su espalda y una anciana haber recuperado la vista con tan sólo frotarse con el agua—. Esa noche entré al cuarto de baño como un verdadero peregrino en busca del agua milagrosa. Estaba de pie y el agua caía como un bálsamo sobre mi cabeza y resbalaba por mi cuello, mis hombros y de ahí al resto de mi cuerpo. Así fue durante algún tiempo; luego salí, lentamente pasé la toalla por mi cuerpo, y me recosté sobre la cama, y dormí plácidamente pensando en el minero y en la anciana.

VI

En verano las cosas tienden a desordenarse. Hace unos días la temperatura alcanzó —sin exagerar— los 45 grados, y esto es una tragedia. Tener que salir de casa, hacer los trayectos a la oficina, ir a la compra, regresar, todo bajo la luz intensa de esta época del año. Luego están las costumbres de los jóvenes estudiantes, que atraviesan el periodo vacacional; no miden las horas e interrumpen a media noche el sueño de los vecinos. Para agudizar el desacomodo de este verano tengo que sumar la molestia que ha sido escuchar, una y otra vez, las voces de los candidatos de los diferentes partidos. Afortunadamente esto tiene un punto de equilibrio, más bien una punta de lanza que permite atravesar los días: es un lugar o una presencia que se asemeja a un abrevadero en medio de los pastos áridos del Norte de México.

VII

Todo se ha vuelto más blanco que de costumbre.
Pienso que el asunto se relaciona con mi estado
actual. El vestido blanco se ve más blanco, la
hoja de la libreta también más blanca. El escenario
todo es tan blanco como los campos nevados que se
extienden al viajar de Montreal, hacia el campo, en
dirección al sur. Es imposible saber por cuánto
tiempo
las cosas se sigan viendo en este extremo tan blanco.
Creo
que debiera ir hacia delante, continuar por esta
carretera,
visitar esos poblados que surgen entre la nieve, como
saliendo de una fotografía o de una película, pero que
son tan reales como que tú y yo hemos decidido
estar juntos
aunque haya que atravesar las inclemencias
del tiempo.

VIII

No se sabe si son cosas hechas a propósito o si
son casualidades de la vida. El punto es que existen
seres que son como el azúcar y pareciera que dejan
gránulos blancos y dulces por donde pasan.

Es común ver
su rastro en las bocas de los demás o, por lo menos,
en las de aquellos que alcanzan. Estas personas, dicho
sea de paso, no se muestran a cualquiera por temor
a ser desarmadas. Y es que se podría decir que la
dulzura es en sí misma un arma, un arma que tú
tienes y
que afecta cualquier estructura.

Hace años leí en un libro o escuché en la radio lo siguiente: *La palabra tiene una gran fuerza*. La frase es, por supuesto, una frase hecha. Podría ser

el *leitmotiv* de un libro de autoayuda. En este caso, y tal vez en todos, hablo de mis ejercicios de escritura.

Uno no puede escindir-se de uno mismo y en el acto creativo se cuelan toda clase de materiales que se generan en las entrañas. En las entrañas pienso que hay

todo un cúmulo de emociones, reflexiones y sobre todo anhelos. Uno escribe sobre eso, sobre sus anhelos. Y es frecuente que uno —como lo dijera Antonio

Gamoneda— no sepa lo que piensa hasta que lo lee, o en otras palabras, no sepa lo que desea hasta que lo ve escrito ahí en el papel o en la pantalla. En este sentido, el texto puede llegar a ser un oráculo.

Tendré que seguir escribiendo para que se aclare lo que me espera.

Índice

Material peligroso,	9
Los síntomas,	19
El estado temporal de los cuerpos,	31
Ciertas cosas deben cumplirse a cabalidad,	43
El procedimiento,	59
El hilo ensartado a la aguja,	73

Material peligroso

Segundo semestre de 2013

Impresión

Formación Gráfica, SA de CV

Matamoros 112

Colonia Raúl Romero

57630 Ciudad Nezahualcóyotl

Estado de México

Producción

Dosfilos editores, SA de CV

Callejón del Capulín 202

98000 Zacatecas

Zacatecas

Mil ejemplares más sobrantes

Premio Nacional de Poesía
«Ramón López Velarde» 2012

Universidad Autónoma de Zacatecas